

Cine

MEMORIAS DE LA GUERRA

Por Susana López Aranda

El jardín de la infancia

Películas de guerra han habido cientos. La Segunda Guerra en particular, desde muy temprano, quedó firmemente incorporada al acervo temático del cinematógrafo.

Examinada y tratada desde puntos de vista distintos y aun opuestos que van desde la propaganda abierta hasta la condenación pacifista, la Segunda Guerra ha servido de recordatorio, exorcismo o advertencia; visitada una y otra vez en la memoria, conjurada mediante imágenes puestas en movimiento por el recuerdo, la oscura época del nazismo ha devenido en bestiario ilustrado y en campo de forja de héroes y heroísmos míticos.

Si a casi medio siglo de distancia sigue todavía obsesionantemente presente, es quizás porque la vastedad de sus efectos y repercusiones se prolonga hoy en la angustiosa continuidad de un largo día sin paz.

A pesar de que en los últimos tiempos, y obviamente en el cine anglófono, la herida de Vietnam pareciera relegarla, la Segunda Guerra Mundial para los europeos sigue siendo una cicatriz lacerante. Siempre hay otras facetas del horror, siempre queda algo por decir, algo por registrar.

Así, no es extraño que en la misma temporada hayan aparecido dos filmes europeos que de nueva cuenta vuelven sobre el problema; dos películas que en distintos tonos y con texturas emocionales diversas, pero a fin de cuentas complementarias, incorporan otros rasgos al espectro total de aquella conflagración bélica.

Se trata de las más recientes producciones de John Boorman, inglés, y de Louis Malle, francés. Ambos, a pesar de sus diferencias, comparten la experiencia de una infancia marcada por la guerra y en esta ocasión, ambos eligieron para sus respectivas obras, un punto de partida semejante: los recuerdos de sus vivencias infantiles durante la guerra de papá.



Adiós a los niños, de Louis Malle

Rara vez la infancia es el encantador jardín del paraíso que los adultos gustan idealizar. El juego prefigura y refleja el mundo de los mayores. La mirada sin embargo, es distinta: los ojos nuevos del futuro adulto consignan la crueldad, la destrucción, las tortuosas relaciones, el absurdo y la muerte. . . y aprenden.

Juegos de guerra

Septiembre de 1939, la radio anuncia que Gran Bretaña ha entrado a la guerra. Los Rohan, una familia londinense común y típica, se ven de este modo envueltos en una situación extraordinaria. El pequeño Billy se ilusiona ante la perspectiva de cambios y emociones en la rutina de una existencia apacible.

En *La esperanza y la gloria* (*Hope and Glory*), John Boorman —realizador de *A quemarropa*, *Amarga pesadilla*, *Excalibur* y *Perdido en el Amazonas*, entre las más notables— rememora a través de Billy, su personaje central, episodios, imágenes y sensaciones, fragmentos extraídos de su propio álbum de recuerdos familiares.

Se construye un refugio anti bombas en el jardín; papá como buen patriota se alista en el ejército y la familia sobrelleva con alivio la decepción de que por su edad no sea destinado al frente sino a trabajar como mecanógrafo en una oficina; las angustias de la madre, los amores clandestinos de la hermana mayor con un soldado canadiense; una vecina de corta edad que pierde a sus parientes.

Tamizadas por la nostalgia y el tiempo, la serie de estampas que Boorman despliega ante nosotros, si bien describe con justicia las duras condiciones del entorno físico de la época —un Londres acosado por los bombardeos, el peligro constante, la escasez de alimentos—, también, y precisamente esa es su mayor virtud, logra recrear el espíritu con que las vivió de niño.

Son pues, las de *La esperanza y la gloria*, memorias entrañables y emotivas pero, desde luego, también divertidas. Desde la perspectiva de Billy, la guerra trae consigo montones de novedades y posibilidades interesantes.

Como los adultos deben ocuparse de asuntos más graves, se tiene más tiempo



La esperanza y la gloria, de John Boorman

libre; se puede vagar por las calles recorriendo esquirlas de metralla o trozos de vidrio; se pueden entablar encarnizados combates de barrio en los que los malos sean siempre alemanes.

Jugando entre los escombros se encuentran cosas insospechadas —pistolas, joyas, trapos—; puede asimismo organizarse la palomilla para dar rienda suelta a sus deseos reprimidos y completar la destrucción alborozada de ventanales y espejos; hay además, infinidad de escondites. . . Trastocado el orden de la sociedad, los niños como una horda de mini anarquistas celebran con ritos salvajes el mero hecho de estar vivos.

Mediante Billy, el realizador puede revivir esa visión aguda e irónica que los niños reservan para juzgar los actos de sus mayores. La excentricidad del abuelo, el parloteo de las tías, las exageradas precauciones de las mujeres y ancianos frente a un joven piloto alemán que ha caído en un plantío de coles, vistas y refractadas a través de Billy, adquieren un inequívoco y revelador aire de opereta.

Si la fantasía infantil es capaz de transformar las ruinas en un abigarrado campo de juegos, entonces un bombardeo a Londres puede convertirse en una fascinante función de fuegos de artificio.

Adiós a la infancia

De regreso a Francia tras una productiva etapa en América —donde rodó filmes como *Niña bonita*, *Atlantic City* o *La bahía del odio*—, Louis Malle decidió, al mismo tiempo, volver a sus raíces más personales y profundas.

El recuerdo persistente de un suceso decisivo en su vida es el tema central de *Adiós a los niños* (*Au revoir les enfants*), que en un tono completamente distinto al de la cinta de Boorman, plantea la cara opuesta de la moneda: el fin de la infancia en una Francia ocupada por las fuerzas nazis.

En 1944 en un internado para niños de familia acomodada atendido por religiosos, un niño que había ingresado hacía poco y ya destacaba por su inteligencia, es descubierto y arrestado por la Gestapo. Su origen judío y su verdadera identidad habían sido ocultados por el director del plantel, por lo que éste es también aprehendido.

Malle relata en su libro autobiográfico cómo el niño fue despidiéndose de todos en la clase mirándolos fijamente a los ojos, como si quisiera retener cada rostro en la

memoria. Ese conmovedor instante sobrevivió en el realizador y motivó una de sus obras más sensitivas.

Julien Quentin, *alter ego* de Malle, es a la vez protagonista y narrador de los hechos en *Adiós a los niños*; con él penetramos al mundo del internado, a los salones de clases, al atestado dormitorio, al refectorio, a los patios. El internado empero, no es un universo aparte, entre los estudiantes, los maestros y los empleados se reproducen las posiciones y tensiones del exterior.

Los pequeños discuten, casi siempre sin saber más que lo que se ha oído en casa, sobre las razones de la guerra, las decisiones gubernamentales, los judíos. Julien, sin poder comprender lo irracional de todo ello, escucha y observa. Poco a poco se irá integrando para él un panorama de la sociedad fraguada por la gente grande: existe el odio, las diferencias de clase, la injusticia. En su país ocupado están, además, la traición, el colaboracionismo, la complicidad del que calla, la delación.

El universo adulto, confrontado mediante la mirada infantil, parece más claramente corrompido e insano y su influencia es tan poderosa que contamina y cambia el sentido de la convivencia y la amistad entre los niños.

Con enorme delicadeza y sobriedad, Malle recrea la frágil belleza de un intercambio de limpias miradas entre sus protagonistas —la ejemplar secuencia del piano tocado a cuatro manos— o las risueñas reacciones que colocan en el mismo plano al austero sacerdote y al alumno durante la proyección de un filme de Chaplin, vale decir, que captura la frágil belleza de la inocencia.

Cuando el niño judío es apresado y llevado ante los asustados ojos de sus discípulos, Julien descubre que nunca volverá a ser el mismo. La infancia ha quedado atrás. ♦

La esperanza y la gloria (*Hope and Glory*)
P, D y G: John Boorman / F: Philippe Rousselot / M: Peter Martin / Ed: Ian Grawford / Con: Sarah Miles (Grace Rohan), David Hyman (Clive Rohan), Ian Banner (el abuelo), Sebastian Rice Edwards (Billy), Sammi Davis, Geraldine Muir / Dur: 110 mins. / Gran Bretaña, 1987.

Adiós a los niños (*Au revoir les enfants*)
P: Nouvelles Editions des Films, MK 2, Stella Films / D y G: Louis Malle / F: Renato Berta / M: Schubert, Saint Sâens / Ed: Emmanuelle Castro / Con: Gaspard Manesse (Julien Quentin), Raphael Fejtó (Jean Bonnet), Francine Racette (Mme. Quentin), Philippe Morier-Genoud (padre Jean), Stanislas Carre de Malberg / Dur: 103 mins. / Francia, 1987.

Teatro

LOS CLÁSICOS EN LA ACTUALIDAD

Por María Muro

En el teatro existen actualmente múltiples manifestaciones con diversas vertientes. Una de ellas consiste en volver la mirada al pasado con objeto de revisar los grandes textos para traerlos a nuestra contemporaneidad. Es el caso de Peter Brook, Peter Stein, Ariane Mnouchkine, por mencionar a algunos directores. Dentro de la cultura griega existe una enorme veta. Los grandes creadores del espectáculo teatral se han preocupado por rescatar los mitos griegos. Profundizan en esas leyendas abigarradas para darnos la esencia, para examinar el conflicto dramático a la luz de nuestros días.

Durante el transcurso de este año ha habido en nuestra ciudad esa tendencia. Diferentes directores se han dado a la tarea de experimentar con los clásicos y revivir los textos hasta apropiárselos. Se les da una vigencia de acuerdo a nuestro tiempo. Diversas obras aparecen en la cartelera, obras célebres que se transforman al ser reinterpretadas. En estas circunstancias se encuentran *Las mujeres de Troya*, espectáculo de Miguel Sabido, *Fedra*, espectáculo de Héctor Mendoza y *La pasión de Pentésilea*, espectáculo de Luis de Tavira codirigido por Raúl Quintanilla.

Los mitos rescatados

En *Las mujeres de Troya*, Miguel Sabido se basa principalmente en *Las Troyanas* y en *Hécuba*, tragedias de Eurípides. Las transformaciones que hace son diversas. Sabido transporta la gran Troya en ruinas a un campo de concentración nazi, donde las mujeres permanecen hacinadas. Hécuba, la protagonista, es la lidereza, quien se duele por todos sus hijos, por la muerte de Héctor, por lo que ha de suceder a Polixena o a Casandra. El lamento eterno de Hécuba es la constante de *Las mujeres de Troya*.

Una y otra de las mujeres: Casandra, la vidente; Andrómaca, la mujer de Héc-